

activa de los Bonapartes que no quiso dar licencia para ir á París á José el mas moderado de sus hermanos, por miedo de que creara dificultades á la regente, Llena su imaginacion de los disturbios suscitados durante las minorías reales por los hermanos, tíos ó primos de los monarcas, se figuraba siempre ver á María Luisa reducida á defender á su hijo contra las pretensiones de sus cuñados. A pesar de las órdenes expresas, José habia estado en París de secreto, mas no para intrigas políticas, sino solo para sus placeres. Interpretando el duque de Rovigo á la letra las órdenes imperiales, le hizo saber que, si se renovaban sus incursiones clandestinas, se veria obligado á ponerlas coto; y de resultas José, ya muy ofendido por tantos ajes, manifestóse hondamente irritado.

Napoleon no le habia visto despues de su vuelta; y á pesar de todo no quiso que la negociacion terminada con Fernando VII se supiera por Europa antes que por su hermano. Asi encargó á Mr. de Roederer, personaje que servia comunmente de intermediario entre uno y otro, que fuera á Morfontaine para enterar á José de lo convenido, y comprometerle á ser príncipe francés en reposo, espléndidamente dotado, con asiento en el consejo de rejencia, y dedicado á servir lo mejor que pudiera á Francia, su único y postrer asilo. Al recibir estas comunicaciones se lamentó José con amargura de que se le tratara de tal modo, y manifestó vestigios de pretensiones reales, que hasta para un hermano menos propenso á la burla que Napoleon fueran asunto muy de risa. No negaba José que habia cometido faltas, si bien no tan de bulto como se daba por supuesto: se declaraba pronto

á renunciar al trono de España, pero en virtud de un tratado, y á condicion de un resarcimiento territorial en Nápoles ó en el Piamonte. Menos dispuesto parecia á quedar simplemente de príncipe francés, tras de haber ceñido una de las mayores coronas del mundo. Estas pretensiones provocaron á Napoleon á una explosion de burlas sangrientas, unas injustas y hasta crueles, otras juiciosas, mas ya tardías.

—¡José ha cometido faltas militares! exclamaba al oír á Mr. Roederer.—¡No tiene seso! Yo cometo faltas, porque soy soldado, y me debo engañar en el ejercicio de mi profesion á las veces. ¡Pero, mi hermano!... Sin razon se acusa, pues jamás las ha cometido. De hecho há perdido la España, y no la recuperará nunca. Es cosa resuelta y tanto como la que mas en el mundo. Que consulte al último de los generales é indague si es posible conservar ni una sola aldea más allá de los Pirineos.... ¡Un tratado! ¡Condiciones! ¿Y con quién? ¿Y en qué nombre?... Si lo quisiera hacer con España, ni yo mismo seria escuchado. La primera condicion de toda negociacion con Europa, la condicion sin la cual no es posible juntar ni dos negociadores, consiste en restituir pura y simplemente la España á los Borbones; ¡feliz yo si logro desembarazarme á este precio de los ingleses, y conducir al Rhin mis ejércitos de España!... ¿Y de dónde sacar indemnizaciones en Italia? ¿Acaso puedo quitar á Murat su reino? Gracias que pueda atraerle á sus deberes para con Francia y mi persona. ¿Cómo habia de obedecerme, si llegara á pedirle que en favor de mi hermano José descendiera del trono? Respecto de los Estados romanos, me veré obliga-

do á restituirlos al papa, y estoy resuelto á ello. ¿Por ventura sé yo lo que me dejarán de Toscana, que pertenece á Elisa, del Piamonte, que es de Francia, de la Lombardia, donde se mantiene Eugenio á costa de tantos afanes? ¿Me puedo lisonjear de que me dejen algo? Para conservar la Francia con sus límites naturales, me será forzoso ganar muchas victorias. ¡Aun las necesitaria mas insignes para ganar algo más allá de los Alpes! Y cuando me cedan algun territorio en Italia ¿cómo por dárselo á José lo he de arrebatar á Eugenio, ese hijo tan adicto, tan bizarro, que ha pasado su vida bajo el fuego por mí y por la Francia, sin darme nunca el mas leve motivo de queja? ¿Dónde quiere José que le busque indemnizaciones? Solamente un puesto le queda, uno solo, el de ser leal hermano, sólido apoyo de mi esposa y de mi hijo, si estoy ausente, más sólido aun, si muero, y contribuir á salvar el trono de Francia, único recurso de hoy mas para los Bonapartes. Será príncipe francés, y participará de todos los honores imperiales, como que es mi hermano y tío de mi hijo. Si obra de este modo, obtendrá mi gracia, la estimacion pública, una posicion todavía envidiable, y coadyuvará á salvar nuestra comun existencia. Si por el contrario se agita, de lo cual es muy capaz porque no sabe aguantar ni el trabajo ni el ocio, si se agita en vida mía, será preso y acabará en Vincennes su reinado; si se agita despues de mi muerte ¡Dios sabe lo que pasará entonces! pero verosímilmente contribuirá á derrocar el trono de mi hijo, el único á cuya sombra puede hallar dignidad, holgura y algun vestigio de grandeza.

Estas prudentes á la par que rudas palabras,

llegadas y traídas á Morfontaine en muchas idas y venidas, no llevaron al ánimo de José el convencimiento. Atormentado se hallaba y enfermo y afligido á la vez por una porcion de disgustos; la severidad burlona de Napoleon, un trono perdido, prole sin patrimonio, y por único porvenir la obediencia á la voluntad de un hermano imperioso, no malo, pero sí duro. Bajo predisposicion tan dolorosa negóse á asentir á nada de lo que se trataba en Valanzey, y se mantuvo dentro de Morfontaine, donde le dejó Napoleon en el aislamiento, diciendo que los españoles y él se pasarían perfectamente sin la firma del rey José para restaurar á Fernando VII sobre el trono de las Españas.

Este momento de la caída de los tronos de familia era el de las frecuentes agitaciones interiores, que agregándose á todos los desvelos que Napoleon tenia encima, no contribuyeron poco á amargar su existencia. Gerónimo, retirado sucesivamente á Coblenza, á Colonia, á Aquisgran, se hallaba aqui triste y sin ventura. Deseaba marchar á París de miedo de que le olvidase Napoleon en la paz verdadera, y este resistia á sus deseos, á pesar de que le manifestaba predileccion entre sus hermanos, porque le era triste verlos sin tronos, y porque además su presencia revelaba la ruina progresiva del gobierno francés con rasgos harto profundos é indelebles. Pero, mientras negaba á Gerónimo la autorizacion para ir á París, tenia con Murat muy otros motivos de disputa.

A Nápoles volvió el infeliz Murat con el corazón afligido y el espíritu desordenado. De todos los príncipes condenados á la sazón á perder su efímera soberanía, Murat figuraba como el mas sin

consuelo. Al parecer este soldado, nacido á tanta distancia del trono, y á quien debiera servir de compensacion una gloria militar verdadera, no podia vivir si no continuaba reinando. Despues de los acontecimientos de la última campaña, se le hizo dificilísimo creer que, aun manteniéndose la autoridad de Napoleon en Francia, se pudiera ya extender allende el Rhin, y los Alpes, y los Pirineos, y que mas allá de estos límites alcanzara á sostener ó á castigar á los aliados. Asi, permaneciendo fiel á Napoleon, se exponia á no ser sostenido, á la par que, siéndole desleal, no corría ningun riesgo de ser castigado. Sin duda que, si se juntaba al príncipe Eugenio con treinta mil napolitanos bien disciplinados en apoyo de los cuarenta mil franceses, que defendian el Adige, habia posibilidad de que disputasen la Italia á los austriacos; pero posibilidad y no certeza. Vencidos los dos lugartenientes de Napoleon al golpe serian destronados. ¿Qué seria de ellos si salian vencedores, y de Murat sobre todo? Inmolado al príncipe Eugenio, de quien se mostraba envidioso, confinado en un rincón de la Península, que era de poco valer sin la Sicilia, ni aun tenia la seguridad de mantenerse en aquel punto, porque si una paz ventajosa con Europa estribaba solo en el sacrificio de su cuñado, Napoleon no seria tan buen pariente ni tan mal francés que se negara á este sacrificio. Además, bien que Murat tuviera un talento sin aplomo, no carecia de cierta perspicacia, y á menudo habia echado de ver que, al encomiar Napoleon su bravura, no hacia de su carácter el mas leve caso, y este notorio desden le ofendia sobremanera. Tales eran las consideraciones que agitaron y atormentaron

el espíritu de Murat durante su viage de Erfurt á Nápoles; y á la par que en ser leal veia tantos peligros y tan pocos en no serlo, contribuian á aumentar su turbacion funestas sugestiones. Jamás habia dejado de estar en relacion con las potencias aliadas, ni cuando en el campo de Napoleon se portaba tan bizarramente. Al tiempo de salir de Nápoles para la capital de Sajonia, tenia cerca de sí á los agentes de lord William Bentick, gobernador inglés de la Sicilia, y los despidió de un modo brusco para irse á juntar al ejército francés, lo cual sorprendió é induspuso á aquel personage. No procedió lo mismo respecto de Austria, sino que siguió dejando en Viena al príncipe Cariati, ministro napolitano, y conservando en Nápoles al conde de Mire, ministro austriaco. Aprovechándose monsieur de Metternich de esta doble comunicacion procuró de continuo quebrantar la fidelidad de la corte de Nápoles, como que sabia perfectamente, que si en lugar de situarse Murat á la derecha del príncipe Eugenio, le iba á cojer por la espalda, muy luego la Italia seria arrebatada á los franceses y adquirida para los austriacos. No contento Mr. de Metternich con estos esfuerzos cerca del monarca napolitano, urdió tramas secretas con la reina, á la cual habia conocido en Paris cuando fué embajador de Francia, y trató de hacerla olvidar sus deberes de hermana excitando sus sentimientos de esposa y de madre. No solamente prometió dejar á Murat el trono de Nápoles, sin la Sicilia ya que se empeñaban los ingleses en conservarla á los Borbones, sino que dejó entrever para aquel príncipe mas brillante establecimiento en Italia. Expulsados el príncipe Eugenio y la princesa Elisa detrás

de los franceses, reconquistado el Piamonte, aun reservando una buena porcion á los austriacos y restableciendo al Papa en Roma, se podia constituir un reino de la Italia central, que adjudicado á Murat, le haria primer principe de Italia y monarca de segunda clase en Europa. Tales eran los argumentos empleados por Mr. de Metternich con éxito cada vez mas satisfactorio. Efectivamente, correr los mayores peligros con Napoleon sin tener siquiera la certidumbre de que éste le sustentara aun saliendo triunfante, y por el contrario obtener de la coalicion la seguridad de permanecer rey de Nápoles, y además la esperanza de figurar como rey de Italia, era una perspectiva que debia fascinar al desgraciado Murat despues de seducir á la misma reina. A los principios, representando ésta fielmente en Nápoles al partido francés, defendióse contra las sujestiones austriacas, y hasta se afanó por inclinar de nuevo hácia Napoleon á su esposo; mas creciendo el peligro en breve, y dominada tambien por el deseo de legar la corona á su prole, al cabo prestó oídos á las inspiraciones de Mr. de Metternich, y concluyó por ser para con Murat su principal medianera. Anhelando á la par cohonestar su conducta á los ojos del ministro de Francia, fingia no poder nada ni sobre la corte, ni sobre el rey, y verse obligada como esposa sumisa y madre tierna á seguir la politica del gabinete napolitano. Asi, de vuelta Murat en sus Estados, halló la corte unida para empujarle á las vías tristes, donde, en vez de un trono, debia encontrar un baldon para su renombre y un fin trágico para su persona. Este principe, nacido con sentimientos buenos y generosos, dotado de algun talento y de

una heroica bravura, no tenia bastante juicio para discernir, que si con Francia corria el doble peligro de ser abandonado por la victoria y por Napoleon, con la coalicion tenia la certidumbre de verse inmolado á las antiguas dinastias italianas, despues de colmársele de contemplaciones y de halagos mientras se necesitaba de su ayuda, y por fuerza habia de perder el honor á la par que el trono. Falto del suficiente alcance de entendimiento para divisar este porvenir, y sin principios bastante fijos para preferir el honor al interés, debia fluctuar algunos dias entre mil sentimientos encontrados para acabar por una defeccion lastimosa.

Como á su regreso vió convertida á su opinion á la reina, desde luego entró en pláticas con la legacion austriaca, y en términos de no disputar ya mas que sobre las ventajas que le serian concedidas. Pasando súbito, con la extremada movilidad de su naturaleza, de la desesperacion á una como embriaguez de ambicion, se abandonaba á la sazón á los mas extraños delirios, y se lisonjeaba de ser muy pronto el rey y el héroe de la nacion italiana. Al cruzar la Italia fijóse en la inclinacion bastante general de los italianos de quedar independientes de Austria lo mismo que de Francia. Sin duda la nobleza, el clero y aun el pueblo, anhelaban tornar al Austria, porque para los unos era volver al estado antiguo, y para los otros vivir exentos de la consercion ó la quinta. Por el contrario, la clase media, prendada de las ideas de independenciam, decia que estaba muy bien lo de sacudir el yugo de Francia, pero que de igual manera se debia abominar lo de recaer bajo el de Austria; que no habia ninguna razon para pasar de la una á la otra

rís agitaba el alma de Napoleon con la grandeza que le correspondia, y que por el contrario en Nápoles y dentro de un alma buena, pero débil, sin otro valor que el del soldado, enjendraba miserables tormentas, y no era mas que una variedad aflictiva de un mal que Napoleon habia comunicado á casi todos sus servidores! Con efecto, despues de elevarse Napoleon al trono habia hecho ó adulado la esperanza de hacer reyes, príncipes, grandes duques, á sus hermanos y á sus lugartenientes José, Luis, Gerónimo, Murat, Bernadotte, Berthier y á tantos otros que tan de cerca tocaron á la gerarquía suprema; y si ahora se mostraban dispuestos á volverle la espalda ó á lo menos á servirle flojamente ¿de quién era la culpa, sino suya, por haber substituído al noble amor de la grandeza nacional la pasion ruin de la grandeza personal dentro de su alma?

A la sazón llegó á Nápoles un personage, cuya presencia hubo de aumentar la turbacion de Murat por extremo, y no era otro que el duque de Otranto, Mr. Fouché, á quien Napoleon habia encargado que marchara allí á toda prisa. Al separarse Napoleon de Murat en Erfurt, le hizo éste demostraciones que le habian conmovido, mas no engañado. Cuando Napoleon trataba de penetrar en las profundidades del alma humana, tenia cierta especie de perspicacia diabólica á la cual no se escapaba ni lo mas leve. De sobra se le alcanzó, que á la vista del peligro creciente, asi Murat como su misma hermana habrian menester poderosas influencias para ser mantenidos en su fidelidad contra las peligrosas sujestiones de los aliados. De consiguiente le ocurrió al golpe enviarles Mr. Fou-

ché, que desde la entrada de los franceses en Illiria, ya que no un rey era un procónsul sin Estados, y de mas dentro de Verona. Le pareció mas idóneo que nadie para confidente de Murat, de resultas de las intrigas que fraguaron juntos el año de 1809. Por entonces, temerosos Murat y el duque de Otranto de las consecuencias de la guerra de Austria, aspiraron á entenderse en punto á lo que se haria del poder en Francia, si Napoleon era muerto. Gran confianza hubieron de tener Murat en Mr. Fouché y Mr. Fouché en Murat durante aquella coyuntura, y se debia presumir que en circunstancias no menos críticas se restableciera del todo. Con órdenes para ir á Nápoles, Mr. Fouché llegó cabalmente á la hora en que Murat se hallaba mas expuesto á los manejos del Austria.

Aun cuando se pudiera hacer á Mr. Fouché la confidencia de una infidelidad sin sublevarle, y fuera muy capaz de comprender cuanto pasaba dentro del alma de Murat en aquellos instantes, éste mostróse mas desabrido que aliviado con su presencia. Se quejó mucho de Napoleon, habló á la larga de los servicios que le habia prestado, de los malos tratamientos que habia sufrido en repetidas ocasiones, con especialidad despues de la retirada de Rusia, y de la disposicion de Napoleon á sacrificarle, si en esto consistia la paz de Francia con Europa. En suma, quejóse como se queja quien busca pretextos para una ruptura, y no se espantó del todo con Mr. Fouché, á quien juzgó ligado muy por necesidad en la situacion presente á la causa de Francia. Sin embargo, dió á entender que de Napoleon dependia el atraerle si le trataba de mejor manera, como si Napoleon aun le debiera al-

go despues de darle su hermana y un trono. Para decirlo con brevedad, Mr. de Fouché no ejerció grande influencia en la córte de Nápoles, porquela voz del deber no tenia fuerza en su boca, y porque Murat no estaba en situacion de comprender la voz de la politica. No le dejó de manifestar Mr. Fouché, que venido con Napoleon y por Napoleon, se hallaba fatalmente condenado á salvarse ó á parecer en su compañía; pero picado Murat respondióle que lo que era verdad respecto de un revolucionario regicida como Mr. Fouché, no tenia visos de tal respecto de un soldado glorioso que se lo debía todo á su espada. De todos modos, por poco útil que fuera la presencia de Mr. Fouché, á lo menos contribuyó á la resolucion que Murat tomó para procurar entenderse con Napoleon, á fin de hacerse con acuerdo suyo rey de la Italia independiente y unida. Si lograba Murat que Napoleon le prestara oídos, todos sus votos quedaban realizados: si no conseguia que le escuchara, ya tenia una excusa para el rompimiento. Asi le propuso dividir la Italia en dos porciones, y dar toda la de la izquierda del Pó al principe Eugenio, para adjudicar á Murat toda la de la derecha, esto es, las tres cuartas partes de la Península: despues le permitiria proclamar la independencia italiana; y á este precio le empeñaba la promesa de llegar sobre el Adige, no solo con treinta mil napolitanos, sino con cien mil italianos. Le rogó que le contestara sin demora, porque las circunstancias eran apremiantes, y no se podia perder momento, si de ellas se habia de sacar fruto.

Sin sorprenderse Napoleon, que todo lo esperaba de los hombres á quienes habia elevado á la

cúspide de las grandezas, se indignó ante la proposicion de Murat y debia indignarse. Si este fuera un espíritu politico capaz de sentirse cautivado por una grande idea moral como la de la regeneracion de Italia, al cabo se pudiera atribuir esta proposicion á un generoso arranque. Pero no era á todas luces mas que un pretexto para colorar una ambicion loca, y aun quizá una defeccion inminente. Demandar á Napoleon por premio de sus beneficios el patrimonio de la Iglesia, de que ya no disponia de ningun modo, la Toscana que era el dote de una hermana, el Piamonte que era una provincia francesa, las Legaciones que formaban parte de los dominios del principe Eugenio, equivalia á pedirle que despojara á Francia ó á su familia, y sobre todo que soltara prendas preciosas que en las próximas negociaciones podian valer para conseguir una paz excelente, suministrando compensacion por las conquistas legitimas de Francia tales como el Rhin y los Alpes. En cierto modo equivalia á poner el puñal al cuello á un cuñado medio caido para arrancarle unos bienes que debia dejar á su familia ó sacrificar á su conservacion propia. Fuera de que jamás consintiera Europa tal division de Italia; y por tanto si Murat obrara con buen seso, no le quedaba mejor arbitrio que incorporarse al principe Eugenio, defender á Italia valerosamente á su lado, conservar prendas de paz á Francia, y asegurar asi á todos un establecimiento que no tendria carácter de sólido si la dinastia imperial no quedaba de pié entre el Rhin y los Alpes. El principe Eugenio, dando tan noble ejemplo de fidelidad, mientras su padre politico le facilitaba un medio y una excusa para transigir con la coalicion,

debiera inspirar á Murat algo mas de sensatez y de gratitud. Napoleon reconoció todos los errores de su cuñado con extremada amargura; y el castigo de este pariente infiel parecióle á la sazón una de las mayores dulzuras de la victoria, si le tornaba á mirar con rostro propicio. Vanamente Mr. de la Besnardiére, á cuyo cargo corria la direccion de los Negocios Extranjeros en ausencia de Mr. de Caulaincourt, recién ido al futuro congreso de Mannheim, pretendió calmarle y persuadirle de que, por censurable que fuera Murat, no convenia tratarle con dureza. Arrebatado Napoleon á nada quiso dar oídos.—Ese hombre, exclamó, es á la vez criminal y loco: no satisfecho con hacerme perder la Italia, se pierde á si mismo. Ya vereis como algun dia me tiene que venir á demandar pan y refugio (¡terrible y singular profecía!), pero espero vivir lo bastante para castigar su ingratitud monstruosa.—A pesar de las instancias de Mr. de la Besnardiére, negóse Napoleon á toda providencia paliativa, y solo se pudo lograr que respondiera á las proposiciones de Murat con el silencio. Prometer algo de lo que se le pedia, consentir en despojar á los suyos ó á Francia por complacer á un insensato, ó bien fulminar al responderle la condenacion moral merecida, fuera una debilidad ó una imprudencia, y Napoleon adoptó el medio término de callarse. Dejó que toda la familia imperial escribiese á Murat para hacerle sentir á la vez su imprevision y su ingratitud; y por su parte, multiplicando las órdenes para reforzar el ejército de Italia, recomendó al príncipe Eugenio que se mantuviera muy en guardia, y previno á su hermana en Toscana y al general Miollis en Roma, que cerraran todas las

fortalezas á las tropas napolitanas, si, como era de creer, invadía Murat la Italia central bajo pretexto de sostener la causa de los franceses. Con efecto, Murat aun no se habia quitado la máscara, y de continuo anunciaba que muy en breve llevaria socorro al ejército francés del Adige.

Tales fueron las ocupaciones numerosas y las angustias crueles que pesaron sobre Napoleon á fines de noviembre y á principios de diciembre. Con todo, no revelaba ni inquietud, ni desesperacion, por mas que de vez en cuando rujiera como leon que recibe de lejos los tiros de los cazadores no alentados á acercarsele todavia. Siempre se liasonjeaba de tener cuatro meses para sus aprestos, de proporcionarse trescientos mil hombres entre el Rhin y Paris durante este espacio, y aun de poderles agregar el todo ó parte de las antiguas tropas de España; con todo lo cual se prometia abrumar á la coalicion por virtud de insignes victorias ó arastrarla en su caída, si habia de sucumbir al cabo. Ya cobrando esperanza, ya rumiando venganza, se le veia activo, animado, con la mirada ardiente, pasearse presuroso delante de su familia inquieta, de sus ministros contristados, de su muger hecha un mar de lágrimas; coger á su hijo en los brazos, llenarle de caricias, dársele á la emperatriz; y como si en el sentimiento de la paternidad hallara fuerzas, acelerar el paso al proferir palabras de este porte.—Aguardad, aguardad.... pronto sabreis que ni mis soldados ni yo hemos olvidado el oficio.... Nos han vencido entre el Elba y el Rhin, solo vendiéndonos.... pero entre el Rhin y Paris no habra traidores, y de nuevo encontrareis á los soldados y al general de Italia.... Los que osaren

violiar nuestra frontera se arrepentirán pronto de haberla cruzado.

Además aun quedaba el recurso de las negociaciones, y Napoleon se resignaba á los límites naturales de Francia, bien que bajo las condiciones de que ya dimos cabal noticia. Por desgracia habia pasado como un relámpago el instante de la predisposicion á concedernos los límites naturales, ni mas ni menos que en Praga el momento en que Francia pudo conservar casi toda su grandeza de 1810 sin mas que asistir al congreso. Un mes se habia perdido con la respuesta equívoca dada á las proposiciones de Metternich, con la interpelacion formal de este sobre la aceptacion ó desaprobacion de las bases llamadas de Francfort, con la respuesta á esta interpelacion, no dada hasta el 2 de diciembre, no transmitida hasta tres dias mas tarde, y durante este mes habia cambiado todo. Ya la coalicion conoca sus fuerzas, y de una moderacion bien transitoria se vino al mayor desencadenamiento de pasiones. Efectivamente, de todas partes empezaba á soplar como una tempestad la contrarrevolucion europea.

Solo Mr. de Metternich, con el apoyo de los militares cansados de esta prolija guerra, y zozobrosos de los nuevos azares á que al otro lado del Rhin se iban á ver expuestos, solo este diplomático insigne habia vencido la soberbia de los rusos, la furia de los prusianos y la tenacidad de los ingleses, para determinar á los confederados juntos en Francfort á hacer las proposiciones llevadas á París por Mr. de Saint-Aignan. Pero apenas salidas del círculo de los soberanos y de los diplomáticos, no podian menos de suscitar una desaprobacion

cion general estas proposiciones. Otra cosa muy distinta deseaban el séquito de Alejandro compuestode emigrados alemanes, el estado mayor de Blucher formado de clubistas del Tugend-Bund, y los agentes ingleses que iban con el cuartel general bajo diversos conceptos; todos querian guerra á muerte contra Francia y contra Napoleon, contra Francia para reducirla á sus fronteras de 1790, contra Napoleon para destronarle y restablecer á los Borbones, asi por lo inofensivos como por las ideas de que eran representantes.

A sus ojos se resentia de impolitica la conducta de conceder á Napoleon un respiro de que se aprovecharia para rehacer sus fuerzas y probar á restaurar su dominio de seguida. Dejar de pié en Italia, en Alemania ó en cualquier punto, los numerosos establecimientos erigidos por Napoleon, dejar existir príncipes nuevos como él, ó príncipes antiguos que se habian hecho cómplices suyos, les parecia una debilidad, una imprevision, una renuncia á la victoria en el momento de alcanzarla brillante y completa. Segun ellos convenia que en Italia no quedasen ni el príncipe Eugenio, ni Murat, á pesar de los pasajeros servicios que se esperaban de este, ni miembro alguno de la familia Bonaparte; y se necesitaba restablecer á los Borbones en Nápoles, al Papa en Roma, á los archiduces en Florencia y en Módena, á la casa de Saboya en Turin, y á los austriacos en Milán y hasta en Venecia. Dentro de Alemania era preciso, no solo destruir la Confederacion del Rhin, obra detestable de Napoleon, sino castigar á sus aliados, tales como la Baviera y el Wurtemberg, á quienes sin embargo de las promesas mas formales, se de-

bia desposeer sin compensacion de las adquisiciones debidas á Francia. Tambien habia otros mercedores de castigo ejemplar, y entre ellos especialmente el rey de Sajonia, á quien era bien destornar y sustituir con el duque de Sajonia-Weimar, rehaciendo en sentido contrario la obra de Carlos V. No debia ser mejor tratado el rey de Dinamarca, tenaz en contrariar los designios de los aliados, con negar á Bernadotte la Noruega. Ya consumada la caida de Gerónimo Bonaparte del trono de Westfalia, no habia para qué tratar de este punto. Tampoco bastaba limitarse á la orilla derecha del Rhin, sino trasladarse á la izquierda y recuperar los antiguos electorados eclesiasticos de Tréveris, Maguncia y Colonia, y hasta los Países Bajos austriacos, independientemente de Holanda, que nadie podia pensar en ceder á Francia. Con estos inmensos territorios reconquistados á entrambas márgenes del Rhin, se formaria un vasto reino á Prusia de modo de hacerla aun mas poderosa que bajo Federico el Grande; se reconstituirian Estados para los príncipes desposeidos por Napoleon, tales como los de Hesse, de Orange, de Brunswick, de Hanover; y en suma, se colmaria de bienes á los amigos, y con ellos se erigiria una confederacion germánica mas fuerte que la antigua, sobre todo mejor ligada contra Francia, dirigida, no por el emperador de Austria, á quien se consideraba moderado de sobra para hacerle otra vez emperador de Alemania, sino por una dieta que animara las pasiones mas violentas, las mas antifrancesas que se pudieran inflamar en corazones. Tales eran las miras de los espíritus fogosos, así entre los gefes de la coalicion como entre los agentes secundarios

que rodeaban á la numerosa y ambulante corte de los soberanos aliados.

No obstante, los ingleses con algo mas de mesura bajo la influencia del parlamento, que no cesaba de atacar á los ministros por su odio ciego contra Francia, y representados en Francfort por lord Aberdeen, espíritu de los mas rectos, no se acomodaran á tantos trastornos, si entre ellos no se contara uno en armonia con todos sus votos, el que se reducía á despojar á Francia de los Países Bajos, esto es, de Amberes y de Flesinga. Pero apenas se atrevian á esperar tal resultado, y no llevaban sus pretensiones más que hasta donde iban sus esperanzas. Solo sus agentes inferiores, menos cuerdos, osaban hablar al estilo de los prusianos, principales provocadores de estas resoluciones extremadas. Lo singular era que, teniendo en el corazon los prusianos todos los sentimientos de la revolucion francesa, por odio á Francia se convertian en furibundos fautores de esta especie de contrarevolucion europea. Amando la libertad hasta llenar á sus príncipes de susto, por espíritu de venganza no querian dejar vestigio de lo que la revolucion francesa habia operado en Europa. No se contentaban con influir sobre el ánimo de su monarca, sino que se atraian al emperador Alejandro á fuerza de lisonjas, calificándole de rey de reyes, de gefe supremo de la coalicion, atribuyéndole las grandes resoluciones de esta guerra y prometiéndole conducirle á Paris, lo cual exaltaba la vanidad de este príncipe hasta el delirio. Amable Alejandro por naturaleza y por cálculo, añadiendo á su amabilidad ingénita un esmero continuo en adular todas las pasiones, halagaba á los prusia-